

LA POLITICA EXTERIOR DE PUERTO RICO

(El problema de Puerto Rico.)

I. PALABRAS PRELIMINARES.

Puerto Rico está en una situación especial: el conjunto de condiciones en que se halla no tiene igual entre todas las naciones o pueblos del mundo. Sin embargo, si bien es verdad que, en términos generales, en tan complicada situación los puertorriqueños han actuado con tino, lo han hecho por instinto, sin entender y sin siquiera estudiar el problema. Se agitan, discuten, se increpan y acusan unos a otros, votan, pero la cosa no pasa de la diaria, continua y superficial agitación, mantenida por los partidos políticos, y que muchas veces sólo sirve de entretenimiento cuando no hay deportes o fiestas en que ocuparse; no se ha escrito nada serio y sustancial sobre el tema, ni siquiera una mera cuartilla de política, unas simples lecciones de política puertorriqueña, cosas que no son necesarias en otros países donde la gente conoce su historia, pero indispensables aquí, donde no conocemos la nuestra, donde apenas la estudiamos, donde se puede decir que no tenemos una buena historia nuestra, aunque sí varios libros de nuestra historia, donde tenemos la mente llena de las historias y de los diarios acontecimientos históricos de otros países y, sobre todo, de los EE. UU.

Sobre el tema que ahora me ocupa no se ha escrito nada en Puerto Rico fuera de la apasionada, superficial, discusión partidista en la prensa. El libro de Bolívar Pagán—fundamental por único—, titulado *Historia de los partidos políticos puertorriqueños* (2 t., 1959), no interpreta, no analiza nuestro problema; los libros del doctor Antonio Fernós Isern y Antonio Pacheco Padró, titulados, respectivamente, *Puerto Rico Libre y Federado* (1951) y *Puerto Rico*,

Nación y Estado (B. A. P., 1955), también fundamentales, se limitan a estudiar y analizar la fórmula política encarnada en el Estado Libre Asociado (E. L. A.), aunque tampoco analizan o interpretan completamente nuestro problema. Es como si se diera por descontado que todo el mundo conoce bien el problema y que no se necesitan más explicaciones. La realidad es otra: el problema está implícito en todo lo que se habla, pero no ha sido discutido, estudiado, analizado, interpretado por escrito con alguna amplitud. Donde debieran haber visto la luz docenas de libros sobre el tema, sólo existen los que acabo de mencionar, y no creo que pase de una fracción de un 1 por 100 los que los hayan leído.

Los datos están ya ahí; tenemos ya las necesarias monografías, aparte de las incompletas historias nuestras y de los libros de historia universal y, sobre todo, de historia española e hispanoamericana que tanta relación tienen con la nuestra, pero no se ha hecho obra alguna de interpretación.

A punto los puertorriqueños de ir a un plebiscito para expresar preferencias en cuanto a su destino político, se me presenta esta oportunidad de contribuir a llevar claridad a sus mentes, de remediar confusiones, quitar viejos «slogans» y «clisés» inservibles, de modo que empecemos a hacer con conocimiento de causa lo que siempre hemos hecho por instinto o por imitación.

La falta de tiempo y de espacio me obligan a una exposición concisa, condensada, sucinta, cuando debiera ser el tema de todo un libro, y a un estilo árido—casi telegráfico—más propio de una obra de ciencia que de un artículo histórico y periodístico. El lector interesado los sabrá disculpar.

Todo país o nación tiene una política interna o de lo interior, tendente, entre otras cosas, a conservar y aumentar su riqueza, con el fin ulterior de aumentar el bienestar de sus habitantes. Como cualquier otro país o nación la tiene Puerto Rico y, en el último cuarto de siglo, ha sido tal su éxito, tal su desarrollo económico, que ha llamado la atención del mundo y que vienen a estudiar los métodos que han empleado representantes de muchos países subdesarrollados, de modo que este aspecto de nuestra vida es bastante bien conocido. En este mismo año de 1966 ha visto la luz, aunque en inglés, el libro de David F. Ross, titulado *The Long Uphill Path* (1966), que se ocupa del caso. Pero por eso mismo y porque no es mi tema, no es de este aspecto de la vida de Puerto Rico del que me voy a ocupar en estas páginas, sino de lo que podríamos llamar su política exterior, o internacional, a pesar de «ser» hoy «parte» de los EE. UU. de América.

La política exterior de cada país está enderezada, antes que nada, a proteger, conservar su libertad política, su soberanía y luego a conservar cualesquiera ventajas (sobre todo económicas) de que goce con relación a los demás países, porque la política interna depende en más o menos parte de la exterior. Esto último es más verdad en Puerto Rico que en ninguna otra parte: su política interior—y el fin que ella persigue, que es el bienestar de sus habitantes—depende muy principalmente de la que podríamos llamar su política interior. Se dice que Puerto Rico «es» de los EE. UU., que «forma parte» de ellos. En realidad esto no es verdad cabalmente; lo es para un Estado de la Unión, como lo sería para cualquier mera colonia, pero no lo es cabalmente para Puerto Rico, porque Puerto Rico está «asociado» a los EE. UU. y no «es» de ellos (en el sentido en que lo es un Estado o lo sería una mera colonia), ni forma parte de ellos definitiva y permanentemente, cosas éstas que están precisamente en discusión por ambos países y que constituyen el problema político exterior de nuestro país.

Por otra parte, esto de «ser» de, «pertener» a, «formar parte» de los Estados Unidos, está todo en discusión, y la misma Corte Suprema de la nación no se ha pronunciado con claridad en el asunto: una vez dijo que esto «pertenece a», pero no «formaba parte de» la nación; en otra, que Puerto Rico no había sido incorporado a la nación y, después del establecimiento del E. L. A., la cosa no ha quedado más clara, como lo he visto al asistir como estudiante a una discusión especial del tema en el curso de Derecho Constitucional, en la Escuela de Leyes de la Universidad de Puerto Rico, dictada por el propio decano (un continental), pues con el E. L. A. menos podemos «ser» parte o estar incorporados a los EE. UU., al par que menos se puede decir que «pertenece» a ellos.

Todo esto—que por otra parte ya está expresado en el nombre del E. L. A. (Estado Libre Asociado)—ya lo vio Antonio Pacheco Padró, quien titula el libro tercero de la obra ya citada *Las Naciones Unidas y Puerto Rico* y una de sus secciones «Desarrollo Exterior del Estado Libre», recalcando, entre otras cosas, que Bielorrusia y Ucrania, provincias de Rusia mucho menos autónomas que Puerto Rico, son «Repúblicas socialistas soviéticas» que forman parte de una Unión (de Repúblicas socialistas soviéticas) y que cada una tiene representación «propia y directa» en las Naciones Unidas.

Por otra parte, don Luis Muñoz Marín, el líder indiscutible de este pueblo en el día de hoy, como lo ha sido en los últimos veintiséis años, por la voluntad de una abrumadora mayoría de sus compatriotas, tanto antes en su calidad

de gobernador como hoy en la de senador, ha hecho declaraciones de carácter internacional, en relación, por ejemplo, con la cuestión cubana antes de y durante el régimen de Fidel Castro. Tales declaraciones de boca de un gobernador de un estado de la Unión, o de uno de sus senadores, sólo se pueden hacer a nombre y en representación de toda la nación. Las de Luis Muñoz Marín no podían haberse hecho en nombre de aquella nación; lo fueron, por tanto, en nombre de ésta, porque ésta es todavía cosa distinta y separada de aquélla.

Pero sea de ello lo que fuere, es el caso que el bienestar de nuestros habitantes, esto es, nuestra política interna, depende en grado sumo de esa relación exterior de nuestro país que es el objeto principal de nuestra política interior.

De esto, que podríamos llamar y que yo aquí así llamo, por no haber para ello mejor nombre, es que me voy a ocupar en estas páginas.

¿Qué factores determinan esencialmente nuestra política que llamo exterior, la cual determina ella misma la interna? Y ¿de dónde nos viene el problema? ¿Cómo y por qué nos encontramos ante este problema? ¿Por qué tenemos tal política exterior siendo «parte» de o «siendo» de los EE. UU.? Y ¿por qué, si ya «somos» parte de la nación hoy indudablemente más rica y casi seguramente también la más poderosa del mundo, hay todavía para nosotros problema exterior, esto es, no está ello resuelto con nuestra relación con los EE. UU.? Todo lo que ya he dicho y, sobre todo, todas estas interrogaciones demuestran ya que el asunto es complejo y que está mi país en una situación que no tiene paralelo entre las naciones, en una situación especial, tan distinta de la de los estados que forman la Unión norteamericana, como de la de las naciones libres y soberanas, como, por ejemplo, Costa Rica o Paraguay. De esta especial situación nuestra no están completamente al tanto ni siquiera los puertorriqueños, aunque por instinto actúen como si sí lo estuvieran.

II. EL FACTOR PEQUEÑEZ-POBREZA-SOBREPOBLACIÓN.

Comencemos por la primera y fundamental pregunta: ¿Qué factores determinan esencialmente la política puertorriqueña, esto es, fundamentalmente, la política exterior puertorriqueña? Dicho de otro modo, ¿cuáles son los factores fundamentales de nuestra política? Contestemos en seguida, para ir entrando en el tema, *que son dos*, y que uno de ellos es la pequeñez y pobreza de nuestro territorio.

Efectivamente, Puerto Rico sólo tiene unos 9.020 kilómetros cuadrados, territorio que aparece minúsculo en el mapa, territorio el menor de las Antillas españolas—el de Cuba es trece veces mayor y el de Santo Domingo ocho o nueve—, territorio menor prácticamente que el de cualquiera de los Estados de la Unión norteamericana, territorio menor que el de la menor de las naciones centroamericanas, menor que el de Jamaica, que el de Chipre, que el de Cerdeña, que el de Sicilia...

Intensifica el efecto de la pequeñez la pobreza del suelo y subsuelo. Puerto Rico comparado con Cuba y Santo Domingo es montañoso, poca es la extensión de las tierras laborables, las cuales, por otra parte, se han agotado por el continuo cultivo. Puerto Rico es pobre: no tiene grandes recursos naturales. Lo fue siempre: los heroicos españoles, nuestros antepasados, vivieron siempre en grandes apuros. Quisieron por ello abandonar esta isla, primero cuando fue descubierto Méjico y luego cuando se conoció el Perú y han estado siempre abandonando el país en muchas y repetidas emigraciones desde el principio del siglo. El autor de este trabajo estuvo en una de ellas, la de Méjico de 1910, que no fue la primera ni la última. Y hoy viven en los EE. UU. un millón de nuestros compatriotas, sin contar los que andan dispersos por las Antillas, en Venezuela y otros países suramericanos. Las continuas y terribles calamidades (las describo en mi *Historia de nuestras calamidades*, listo para la prensa)—terremotos, ciclones, sequías, inundaciones, entre otras, y en los primeros siglos, los continuos ataques de caribes, corsarios, piratas y armadas de guerra—no hicieron sino agravar la pobreza natural del país y poner en el alma de sus habitantes un temor, que quizá sea una de las causas del medio a la independencia de algunos de ellos.

El hecho de ser una de las más grandes del mundo la densidad de nuestra población—no menos de 240 por kilómetro cuadrado—no hace sino agravar el factor pequeñez y pobreza: cuantos más somos, no sólo menos podemos remediar nuestras necesidades, sino que se puede decir que no cabemos casi en tan poco espacio: es el nuestro, en pequeña escala, el mismo problema de China, y para nosotros, los puertorriqueños, tan agudo como el de los chinos.

Es verdad que se ha abusado del argumento de la pequeñez y la pobreza, exagerándolas al extremo de dejarnos sin dimensiones y de conducir a muchos al nihilismo y a la desesperación. (Véase nuestro artículo «Puerto Rico: ¿Isla pequeña?», en *Prensa*, noviembre de 1959.) Desde que tenemos poetas, nos vienen ellos llamando «roca», «peñón» y hasta «peñoncillo», llorando nuestras miserias y nuestra pequeñez, y de ahí pasando a llorar nuestra impotencia

y nuestra tristeza: en pequeño, hemos exagerado los sentimientos negativos de los escritores españoles del 98. Un sector independentista (independencista se debiera mejor decir), desesperado, porque no podemos ser león como el español ni águila como la americana, nos niega hasta la posibilidad de ser pitirres (pájaro pequeño y agresivo nuestro que De Diego hizo símbolo de esta tierra).

Y es verdad, también, que no sólo desgracias debemos a nuestra pequeñez, sino que, por el contrario, es ella la causa de nuestras mejores virtudes. (Véase nuestro artículo «El extraordinario florecimiento del negro en Puerto Rico», en *Bohemia Puertorriqueña*, 4 de agosto de 1963.) Pero, a los fines del tema de este trabajo, no hay duda que somos pequeños y pobres y que tal hecho es una de las bases fundamentales de nuestra política.

Porque por ser pequeña y pobre la isla, sabemos que libres no podríamos sostener servicios tales como fuerzas armadas, correo, servicios consulares, acuñación de moneda, entre otros, ni podríamos defender nuestro territorio contra agresiones exteriores: sabemos que un solo barco de guerra podría bloquearnos y que unos cuantos aviones podrían destruirnos. Y aún pensando en la mera subsistencia económica a un nivel decente, sabemos que no tendríamos con qué, cuando en circunstancias mucho más favorables que las actuales, pues es baja nuestra riqueza *per capita* y tenemos viviendo en el extranjero a un millón de nuestros compatriotas.

No es, como alguien ha dicho, que sea parte de nuestra psicología la necesidad de un hermano mayor (sea cual sea); no: es sencillamente que solos no podemos sostenernos a un nivel decente, y que el apoyo exterior que necesitamos ya lo tenemos. Pero el resultado de todo esto es el temor a los efectos económicos de la independencia política en un pueblo que no está aún completamente hecho, que no conoce intelectualmente su problema, que está confundido y que es el blanco de una poderosa propaganda disociadora. Porque, naturalmente, si el pueblo amara profundamente, conscientemente, la independencia, estaría dispuesto a pagarla a cualquier precio, incluyendo el hambre.

Ya vemos, pues, el efecto que tienen sobre nuestra política la pequeñez, la pobreza y la sobrepoblación, las cuales actúan al unísono, cada una aumentando el efecto de las otras.

Para darse cuenta del peso de este factor basta con pensar que si un día amaneciera la isla diez veces más grande en territorio o diez veces más rica en suelo y subsuelo, es seguro que ahí mismo quedaba alterada nuestra política

exterior en el sentido de una mayor militancia del movimiento pro independencia. Ya veremos más tarde que esto no es una mera especulación.

De todos modos, este factor conduce a las siguientes ideologías políticas:

1) Los que quieren, por cálculo, y sólo por cálculo, que esto sea Estado federado dentro de la Unión norteamericana.

2) Los que, sintiendo el deseo de ser libres y no queriendo con los EE. UU. una fusión (como Estado federado destructor de nuestra personalidad) defienden la autonomía.

3) Los que son esencialmente anti-independentistas, esto es, antiseparatistas, no importándole tanto la fórmula política, siempre y cuando no sea la independencia.

Por pequeña y pobre la isla no da expresión al sentimiento pro independencia, que es más hondo de lo que se cree, y un sector por pura obsesión, por pura imitación, por pura pasividad, o por lo que sea, y otro por puro cálculo, piensa que necesitamos siempre la asociación, si no fusión, con un país más rico, más poderoso, que nos proteja de la agresión exterior y nos ayude de algún modo a remediar la terrible situación económica.

Ese país ya lo teníamos en la Madre España, y por eso no hubo nunca aquí la agitación separatista que en el resto de la América española. El separatismo del doctor Betances y de don Eugenio María de Hostos tuvo poco eco en la masa puertorriqueña por muchas razones, que ya examinaremos con más detalle, pero fundamentalmente, porque se fundaba en esencia en un antiespañolismo que nos dejaba pequeños, pobres e indefensos. El anexionismo tenía aquí muy pocos seguidores.

Y ese país, rico y poderoso, que puede protegernos de la agresión y ayudar a remediar la terrible situación económica, ya lo tenemos hoy en los EE. UU. de América. Verdad es que no los trajimos los puertorriqueños, verdad es que fueron invasores, verdad es que en muchas cosas defraudaron nuestras esperanzas; pero ahí está el hecho consumado de su presencia y el hecho permanente de nuestra necesidad, máxime cuando el *modus vivendi* que se ha establecido entre ellos y Puerto Rico nos da importantes ventajas económicas que ayudan a remediar, por lo menos en el presente, nuestra miseria.

Siendo todo esto así, se podría pensar que no hay ya más que decir, que éste es todo el problema, que no queremos (porque no podemos) ser libres, y que, teniendo aquí ya a los EE. UU., el problema está resuelto: todo está en

unirnos cada día más a ellos, hasta llegar lo más pronto posible a la fusión con ellos, esto es, a la condición de Estado federado.

Pero no es tan simple la cosa: hay mucho, muchísimo más, y para dar desde ahora una, aunque ligera, idea, consignemos un solo hecho: el hecho comprobado de que el país no quiere eso así, no sólo ha rechazado la fusión, sino que aún la autonomía no le satisface, aceptándola sólo como un mal menor y no como una solución definitiva y mucho menos ideal.

III. EL FACTOR RAZA Y CULTURA ESPAÑOLA.

¿A qué se debe esto? ¿A qué, pesando tanto en nuestros destinos la pequeñez y pobreza del país y teniendo ya aquí a los EE. UU., teniendo ya la asociación (para nosotros, protección, seguridad, acceso al mercado mejor del mundo para nuestros productos, etc.), con esa poderosa nación, aún seguimos oponiéndonos a la fusión (Estado federado), aún queremos cada vez una mayor medida de libertad, de soberanía, aún hay controversia y lucha, aún tenemos, pues, problema? Se debe a que hay un segundo factor determinante de nuestra política. Hay un segundo y potente factor que anula en gran parte el efecto del primero y que, sin entrar por ahora en detalles y para conveniencia de la exposición, diremos en seguida que lo constituye la raza y cultura españolas de los puertorriqueños: la política puertorriqueña está, pues, determinada por dos hechos fundamentales:

1) La pequeñez y pobreza del territorio.

2) La raza y cultura españolas de los habitantes.

La colonización de Puerto Rico comenzó en 1506 ó 1508, más de un siglo antes que la de los EE. UU., y el país supo rechazar toda invasión extranjera y mantenerse español hasta el año de 1898. El país no tomó parte en las llamadas guerras de emancipación de las colonias hispanoamericanas. Antes bien, huyendo de la guerra en el continente llegaron a esta isla, de Venezuela, en el primer cuarto del siglo pasado, un gran número de familias leales a España, las cuales ejercieron dos influencias:

1) Una influencia civilizadora sobre nuestro país, porque eran familias acomodadas y cultas.

2) Una influencia españolizadora.

LA POLÍTICA EXTERIOR DE PUERTO RICO

En esto de no intervenir en aquella guerra tuvo influencia esa misma pequeñez del territorio, entonces poco poblado, que hoy, ayudada por una densa población, tiende a llevarnos al seno de la unión americana y a despojarnos de nuestra cultura española.

Como he dicho en otra parte («Puerto Rico: Isla española», *Prensa*. 2.^a época, agosto de 1959), Puerto Rico es hoy—aunque puede que deje de serlo pronto—, y a pesar de su más íntima relación con los EE. UU. (comparado con los otros países de nuestra habla), el país más español del mundo después de la misma España. Puerto Rico es hoy el país de su raza preferido por España, y no sólo, como se cree, porque no peleamos contra ella—razón ya bastante—, sino porque desde su fundación lo fue ya de Fernando el Católico.

De modo que si el factor pequeñez y pobreza tiende a llevarnos si no a la fusión, por lo menos a la asociación de los EE. UU., el factor raza y cultura españolas tiende a mantenernos puertorriqueños, esto es, se opone a la fusión (Estado federado) con ellos, y, como resultado, tiende a perpetuar la autonomía (Estado Libre Asociado).

Dicho de otro modo, el factor pequeñez-pobreza se opone a la independencia y el factor raza y cultura españolas a la fusión (Estado federado), resultando de ello la preferencia hasta hoy por la autonomía (Estado Libre Asociado), la cual, para el regionalista, retiene la doble ventaja de conservar nuestra personalidad sin perder el acceso al mercado «americano».

Si, como ya dijimos, cambiase nuestra política de un día para otro, si un día amaneciésemos diez veces más grandes en territorio o en riqueza, cosa por ahora imposible, lo mismo sucedería, pero en sentido contrario, si un día amaneciésemos hablando inglés en vez de español, cosa hoy igualmente imposible.

En esta lucha entre estos dos factores, el factor densidad de población juega un doble papel, esto es, ejerce dos influencias contrarias: si, por un lado, aumenta nuestra necesidad, agrava nuestra situación y, por tanto, nos empuja hacia alguna forma de dependencia con respecto a los EE. UU.; por otra parte, el hecho de ser muchos da cuerpo y sustancia a nuestro hispanismo, a nuestro sentimiento de pueblo aparte. Si fuésemos pocos, como en 1800 (unos 160.000), seríamos en proporción más ricos, pero habríamos sido también más fáciles de asimilar (de «americanizar»), y no tendríamos, como ya tenemos, una literatura, una música propias. Porque los pueblos, para serlo, requieren cuerpo, esto es, una población suficiente.

Conocidos estos dos factores opuestos entre sí en nuestra política, llevándonos a dos soluciones políticas contrarias—independencia frente a alguna forma de relación con los EE. UU., desde una mera asociación a una definitiva fusión—veamos ahora qué otros factores, qué otras influencias intervienen en el caso para hacer aún más complicado el problema, requiriendo más detalladas explicaciones.

Porque hay más de dos factores fundamentales de pequeñez-pobreza y raza-cultura españolas: hay factores secundarios, influencias que se ejercen sobre uno y otro, por momentos fortificando uno y debilitando el otro. En este juego de los dos factores, bajo la influencia de factores secundarios actuando al mismo tiempo, está el problema agudo de hoy. Estos factores secundarios complican el problema de nuestra política exterior y dan lugar a intensos debates. Son factores humanos: sentimientos, intereses, preferencias, espíritu de imitación y así sucesivamente.

Y, porque hablábamos del factor *pequeñez-pobreza territorial* como principal fundamento de la tendencia a alguna clase de relación con alguna nación rica y poderosa—en el caso presente, los EE. UU.—, sigamos analizando los factores favorables a esa tendencia.

IV. EL ANEXIONISMO: EL PARTIDO REPUBLICANO.

Digamos primero algo del anexionismo y del partido que lo tuvo siempre como principal objetivo: el mal llamado Partido Republicano (afiliado al también mal llamado Partido Republicano de los EE. UU. desde el año de 1903) y que debe su nombre a que sus jefes, en el momento de su formación, habían sido todos seguidores de los republicanos españoles. Ese partido se llama en el momento actual Partido Estadista Republicano.

Había anexionismo ya desde antes de 1898, y lo había más en Cuba que en Puerto Rico. No es este el sitio para hacer un estudio detallado del anexionismo, pero algo se dirá de los factores que lo fomentaron. Es de notar que hay más conexión íntima entre él y el separatismo, sobre todo, pero no sólo en tiempos de España, de lo que se cree. El separatismo en tiempos de España era en realidad anexionismo: se quería la separación de España, pero no para ser Puerto Rico Estado independiente, sino para pasar luego a ser parte de los EE. UU. Esto parecerá un poco extraño; ello se debe simplemente a que nadie ha estudiado estos problemas sobre los cuales no se ha escrito todavía

nada. La prueba la tenemos en que muchos de los separatistas seguidores de Betances contribuyeron, junto con los revolucionarios cubanos de Nueva York, a traer aquí a los «americanos» en 1898. Seguían a Betances no en su ideal de nación independiente, sino en su separatismo antiespañol. El y ellos eran eso, fundamentalmente: antiespañoles. Muchos de los separatistas, llegados los «americanos», se declararon anexionistas a ultranza.

A esta tendencia anexionista habían contribuido, además de la masonería, llegada a principios de siglo, el protestantismo y el espiritismo (importados ambos de EE. UU. allá por el año 1870). Todavía hoy lo es muy a menudo el primero—en estos mismos días en que escribo he oído discursos anexionistas de predicadores protestantes frente a mi propia casa—, y lo era a principios de este siglo el segundo: a menudo oí en mi propia casa, siendo yo niño, prédicas de espiritistas dirigidas contra España como nación de inquisidores y de jesuitas. A esta tendencia anexionista había contribuido notablemente la influencia cubana, directamente, como ya vimos, por intermedio de los revolucionarios de Nueva York y de las prédicas de Betances, agentes de Cuba en París, e indirectamente por sus actividades revolucionarias, en las que se nos hacía aparecer como sus asociados o cómplices, fomentando así en la metrópoli la desconfianza hacia nosotros, la cual se traducía en oposición del Gobierno a nuestras demandas de mayor libertad, de descentralización, de autonomía.

Es esta una larga historia que tiene sus principios ya en los tiempos de Francisco de Miranda y que actúa a través o por intermedio de un linaje de hombres de toda la América Española, que podemos llamar con el nombre colectivo de visionarios, empezando con Miranda y terminando (hasta hoy) en Puerto Rico, con una parte de los anexionistas y con otra de los «independentistas», y que ha sido influenciada tanto por la propaganda norteamericana (desde la formación de la República) como por el simple espíritu de imitación, entre otras cosas. Pero, como dije, no es este el mejor momento para hacer su estudio.

El caso es que había ya anexionismo antes del 98. Y no estaba sólo en el separatismo de los seguidores de Betances o en el de algunas aisladas personalidades que contribuyeron eficazmente a traer a esta tierra a los invasores «americanos». Estaba también en un sector del autonomismo: el sector que acaudillaba desde España el cubano-español Rafael María de Labra, a través de varios políticos de nuestra capital y, principalmente, del doctor Barbosa, hombre que luego fundó y dirigió, hasta su muerte, el Partido Republicano.

Este grupo dirigía en Puerto Rico para Labra las fuerzas autonomistas (Labra dirigía también las fuerzas autonomistas cubanas). Labra mantenía a Puerto Rico aislado de España: no llegaban a ella nuestras quejas. Labra era republicano y esperaba las reformas para las Antillas de una futura victoria republicana (victoria que era en realidad no futura, sino remotísima, si acaso posible).

El grupo que aquí le seguía—y con él a Cuba, y a través de él, como a través de Betances, en buena parte, al anexionismo—era un grupo de profesionales cautos y cortesanos, doctrinarios, académicos, muy amantes de lo abstracto y, en la acción, sumamente fríos y lentos, a quienes el pueblo no podía entender y no entendía. Tenía en el resto de la isla algunos otros líderes, pero en general estaba separado del resto de la isla: en realidad había oposición entre San Juan y el resto de la isla. El resto de la isla—con la excepción de algunos pueblos sueltos donde tenían seguidores—no contaba para ellos para nada. Ellos, por su parte, dedicaban al periodismo y a la política el tiempo que les quedaba después, y sólo después, de atender sus asuntos personales y profesionales: el periodismo y la política eran para ellos mayormente un entretenimiento y una manera de brillar y ganar prestigio. Tenían poco pueblo, porque ellos estaban por encima del pueblo, no contaban con el pueblo para nada: el pueblo no tenía en realidad participación alguna en la lucha por la reforma.

Con tales líderes aquí, sombras sólo del lejano Labra, unos y otro, fiándolo todo a una futura victoria republicana, mientras él brillaba en la Corte española como líder de los diputados antillanos, el país no salía del marasmo, porque ganase quien ganase en las elecciones de la península aquí mantenían un monopolio político perpetuo los conservadores, que se atribuían todo patriotismo, todo amor a España, casi prohibiéndole tales afectos a los liberales. El Partido Autonomista en todo siguió las ideas demasiado cautelosas de Labra—a ellas tuvo que someterse el resto del país representado por la ciudad de Ponce y por don Román Baldorioty de Castro—, pero el mismo año de 1887, en que quedó constituido el Partido, vino la represión bajo el gobernador Palacios y todo quedó perdido: muchos autonomistas se retiraron a sus hogares o se hicieron conservadores y siguió el marasmo, al mismo tiempo que el Gobierno español nos creía involucrados en los planes revolucionarios cubanos, que Betances soplabla el fuego desde París y que cubanos y puertorriqueños se agitaban en Nueva York. Poco después se deshacía Labra de Baldorioty, que moría desengañado al poco tiempo.

Luis Muñoz Rivera.

Surgió un líder nuevo: un hombre que supo analizar nuestro problema y ver sus causas y sus remedios, que vio que Labra nos mantenía aislados de la metrópoli, que vio la mala influencia cubana sobre nosotros, que vio y condenó los sentimientos anexionistas de muchos puertorriqueños, que vio el peligro de la anexión de no variar tanto la conducta de los conservadores como la de los líderes autonomistas y de Labra, que vio que ésta era la causa de nuestro mal y no España, y que no era por intermedio del Partido Republicano español, sino del Partido Liberal (aunque monárquico) español, del que podía y debía venirnos la salvación. De ahí su idea del pacto con Sagasta, que a poco tuvo lugar y dio los frutos que de él se esperaban.

Dice en su primer artículo, con que como director de *La Democracia*, inicia su campaña el 10 de julio de 1890:

«Al penetrar en este campo del periodismo, abierto a los nobles impulsos y a los entusiasmos generosos, no necesitamos hacer pública profesión de doctrina.

»Hemos nacido en tierras de Borinquen, que son tierras de España como las de Cádiz y Cantabria; hemos luchado con la pluma, con la palabra, con el voto, por el triunfo de la causa liberal, y aunque no alcanzó nuestro nombre los halagos de una popularidad ruidosa, nuestro pasado, en que nadie podrá encontrar la sombra de una apostasía ni la mancha de una perfidia, responde plenamente de nuestro porvenir.

»No viene *La Democracia* a complicar con nuevas tendencias la solución del problema político antillano, ni a desplegar nuevos estandartes a los vientos de la publicidad. Sobre el bastión incommovible de nuestros principios, consagrados en Asamblea gloriosísima, flamea, gallarda y simpática, la bandera tremolada en Ponce por los patricios del 87, y bajo sus pliegues venerandos bien cabemos los que contribuimos a levantarla y sostenerla.

»Dicho queda con esto que mantendremos en absoluta integridad el credo autonomista, y que los múltiples organismos del Partido, desde el Directorio hasta el periódico de circulación más pobre y el Comité de influencia más escasa, pueden contar—en tanto que se ajusten, cada cual en su esfera respectiva, a los preceptos constitucionales—con nuestra cooperación humilde, pero franca, leal y decidida.

»Tal conducta entendemos que exige de nosotros el patriotismo, y la adoptamos sin violentarnos en poco ni en mucho, antes rindiendo culto a ideas y sentimientos arraigados de antiguo en nuestro cerebro y en nuestro corazón.

»Por encima de las rivalidades, y las estrecheces, y los enconos inherentes a todo período de agitación y de combate, ponemos la grandeza de nuestro civismo, que sabe desdeñar rebeldías del amor propio lastimado, cuando se trata de cosas tan sagradas como el bienestar del terruño en que nacimos y la unidad de la hueste en que militamos.

»Y ahora que el grupo incondicional, trabajado por rencores intestinos, dividido por odios inconciliables, solicita en vano de la opinión el prestigio que le arrebataron sus errores y sus concupiscencias, debemos nosotros ofrecer al Gobierno y a los partidos nacionales el espectáculo de la abnegación para el cumplimiento del deber y de la unión para la conquista del derecho.

»No queremos pensar que, llegado el día santo de la concordia y de la paz, exista quien sueñe en establecer condiciones deprimentes, que a los hombres de honor no es lícito imponer ni admitir. El carácter de la época presente, individualista y democrático, aconseja temperamentos suaves, que así disten del autoritarismo doctrinario como de la anarquía perturbadora y disolvente.

»Sustentando *La Democracia* estas teorías, desenvolverá una política amplia, expansiva y tolerante para con todos los miembros de la colectividad: sumar voluntades, congregar fuerzas, atraer elementos, dispersos quizá o indiferentes; he aquí la misión a que aplicaremos, en parte, nuestra labor periodística.

»Fijada así la situación que ocupamos en orden a las cuestiones íntimas del Partido, expondremos nuestro pensamiento por lo que toca a la situación general de la colonia.

»Imposible negar que casi todas nuestras desdichas reconocen como causa generatriz la centralización política y administrativa, llevada hasta sus más exagerados límites en estos últimos tiempos. A pesar de los progresos nominales realizados a partir de la restauración borbónica, que destruyó en un día nuestras instituciones populares, nadie ignora que faltan en Puerto Rico garantías efectivas para la vida pública y que, al expirar el siglo XIX, estamos aún a merced de un caciquismo tanto más osado y turbulento cuanto mayores resultan su ignorancia vergonzosa, ya la increíble inmunidad con que le amparan ciertos privilegios pretorianos y ciertas complacencias absurdas.

»Examinadas a fondo las infinitas manifestaciones de nuestra vida regional, se nota en ella el enervante influjo de un sistema que coarta nuestras inicia-

tivas e impide el ejercicio de nuestra actividad y destruye, con la escandalosa repetición de sus proezas liberticidas, nuestra fe en la moral y en la justicia.

»*La Democracia*, rechazando el triste privilegio por virtud del cual se entregan los destinos de un pueblo a los apasionados caprichos de una bandera, sostendrá, mientras el hecho irritante subsista, su protesta viril y ardiente contra el favoritismo gubernamental, que convierte en semidiós al conde de Santurce, y contra el desorden económico, que estorba el crecimiento de nuestras riquezas naturales y debilita nuestras energías productoras con la pesadumbre del impuesto y las amenazas del fisco.

»La negra ola del utilitarismo ha roto ya los diques opuestos a la soberbia de los dominadores por la pacífica resistencia de los dominados. Urge, pues, impedir que el desaliento invada nuestras trincheras y la desesperación se apodere de nuestros hombres.

»En esos empeños palpita un interés más alto que los mudables intereses políticos: el supremo interés de la patria española, cuyo nombre augusto se utiliza para perpetuar el imperio ilegal e injusto de una minoría exigua sobre una mayoría preponderante.

»Y como no podemos aceptar para España una complicidad criminal en ese régimen asfixiante y morboso, que levanta barreras infranqueables entre ciudadanos de una misma nacionalidad, entre hijos de una misma madre, *La Democracia* se esforzará por demostrar al pueblo puertorriqueño que no autoriza España, ni protege, ni conoce quizá tan enormes desmanes, llevados a cabo por unas cuantas docenas de caballeros particulares que, disponiendo de un censo electoral elaborado a sus antojos, truecan la representación de esta tierra en las Cámaras legislativas. con el apoyo en los centros burocráticos y el usufructo de los cargos públicos.

»Los que así proceden no fueron nunca buenos españoles. Para serlo no basta ostentar a toda hora los matices de nuestra inmarcesible enseña castellana; para serlo se necesita romper lanzas contra la injusticia, rebelarse ante los abusos del fuerte sobre el débil, no consentir, ni en provecho propio siquiera, monstruosas burlas de la ley escrita; indignarse al presenciar las iniquidades del componente; que flagela los músculos y envilece las conciencias, y condenar, por último, en voz alta, a los verdugos del derecho patrio.»

Y siete días después, dirigiéndose a los conservadores (incondicionales del régimen):

«¡Insensatos!

»No ven que flota en la atmósfera de la gran República vecina propósitos de absorción y de predominio sobre estas perlas americanas.

»Olvidan que en Cuba se manifiestan uno y otro día tendencias anexionistas, muy marcadas ya, acaso muy poderosas.

»No se convencen de que los pueblos, lanzados al abismo de la desesperación o se suicidan o se degradan.

»No se les alcanza que sus mismas intransigencias sistemáticas, sus mismos alardes de poderío irresistible, pudieran ser la chispa generadora de incendios voraces.

»No miran más que los intereses del momento.

»Sus pasiones satisfechas, sus ambiciones cumplidas, y ni una vez piensan que el patriotismo les exige mayor altura de pensamiento, mayor pureza de intención.

»Nosotros señalamos un peligro.

»*Nunca fuimos anexionistas.*

»Amábamos demasiado a nuestra raza latina para llevarla, como humilde tributaria, al seno de las razas del Norte.

»El peligro existe.

»La provocación despertará animosidades dormidas en Cuba, animosidades que nunca alentaron en Puerto Rico.

»Siga el incondicionalismo recorriendo esa senda de muerte; secúndenle los poderes públicos, y esta generación que ha visto cómo empieza a desenvolver sus escenas la comedia del egoísmo, verá también cómo acaba de realizar sus errores la tragedia de la desesperación.

»Diciendo esto nosotros, hacemos más por la nación y por la colonia que esos falsos patricios que, nuevos Jeremías, sabrían apenas llorar sobre los escombros de su nueva Jerusalén, desolada y exánime.»

Vemos, pues, que el nuevo líder veía el peligro de la anexión, el peligro del anexionismo, y que sabía bien que no era contra España contra la cual se debía combatir, porque aparte de no ser ella la verdadera culpable, combatir contra ella, a sabiendas, como Betances, o sin saberlo, como Labra, era invitar la anexión. Proponía la solución que convenía tanto a Puerto Rico como a la metrópoli, pero que no le convenía ni a Labra ni a sus adláteres de aquí, ni a Betances, solución que evitaba una anexión hacia la cual, sabiéndolo o no, se movían todos ellos.

La solución a nuestros problemas era el pacto con Sagasta de modo que cuando ganasen los liberales en la península gobernasen aquí los liberales

y pudiesen servirse para la reforma de los instrumentos que ponía la nación en nuestras manos: libertad de reunión y asociación, libertad de imprenta, por ejemplo. Pero Labra y los suyos, que se veían perjudicados en sus ambiciones personales, clamaban que era traición al ideal republicano aliarse con monárquicos, aunque fueran liberales, alegaban que Sagasta no cumpliría nunca sus compromisos con nosotros. Esto era ya suficiente para establecer en esta isla una división entre los autonomistas; pero había más.

Había que no podía agrandar a los líderes de aquí verse supeditados en el favor popular por un hombre joven, un hombre del campo, un hombre que aparecía ante sus ojos como un intruso, un atrevido: era una lucha entre un liderato joven y un liderato viejo, entre la capital y la isla. Además, no podían tener en el nuevo líder, joven y poco ducho—creían ellos—en el arte del disimulo y de la diplomacia, la misma confianza y fe que ponían en Labra, viejo luchador, lleno de prestigio, conocedor de los resortes de la política madrileña, gran orador, verdadero oráculo de la política autonomista antillana.

Pero se hizo el pacto, Sagasta cumplió y llegaron en seguida los frutos que se esperaban. Pero con el pacto vino la disidencia, la división de la familia puertorriqueña, pues de la asamblea en que quedó aprobado se retiró con la minoría (17 de 96) el doctor Barbosa y formó en seguida el Partido que se llamó Autonomista Puro u Ortodoxo y que declaró como el verdadero y único Partido Autonomista.

El hombre a quien los acontecimientos de Puerto Rico y de Cuba habían cogido de sorpresa, pues acá se habían impuesto Luis Muñoz Rivera, el autonomismo y el pacto, y allá se había desatado la guerra sangrienta contra España—doble fracaso de su política—, conspiraba mientras tanto en Madrid, pidiendo para la disidencia la mitad de los cargos en los organismos del Partido, disidencia que, a los más virulentos ataques contra el Partido Liberal de Luis Muñoz Rivera, unía ahora un tan fervoroso cuan fingido sentimiento español y una vehemente adhesión al Gobierno.

Muñoz Rivera, hombre siempre sereno y ecuánime, dispuesto siempre al sacrificio, aceptó las condiciones y hasta se dejó privar de la presidencia del Partido. Llegó la autonomía y sucedió lo mismo: hubo de conceder a la disidencia la mitad de las secretarías y la presidencia misma del Gobierno. Pero como estaba acordado que esto sólo duraría hasta que nuevas elecciones determinaran la verdadera composición de las Cámaras legislativas y del Gobierno, la disidencia hizo cuanto le fue posible por retrasarlas y, aún antes, se retiró del Gobierno.

Las nuevas elecciones dieron una abrumadora mayoría al Partido Liberal sobre el Partido Autonomista Puro u Ortodoxo y sobre el Partido Conservador, ahora escindido en dos partes. Por fin quedaban definitivamente vencidos tanto los incondicionales como Labra y sus autonomistas disidentes y eliminado el aislamiento en que se nos había mantenido con relación a la metrópoli, con la cual ahora quedaba el país en perfectas relaciones, gozando de la autonomía que había ganado en buena lid.

Pero los hombres que en los EE. UU. conspiraban contra España unidos a los cubanos trajeron aquí a los invasores «americanos» y quedó perdido por completo el hermoso fruto de nuestros esfuerzos. Pasaban a posesión de los EE. UU. también las Filipinas y, hasta cierto punto, la misma Cuba.

La disidencia que durante las hostilidades por primera vez se había manifestado no sólo españolista, sino más españolista que nadie, vio la debacle con júbilo. Se vengaba así de Luis Muñoz Rivera, a quien seguía una inmensa mayoría de los puertorriqueños.

Vino el Gobierno militar y el ciclón de San Ciríaco. Se perdió el mercado mundial para el café y bajaron de la montaña a formar arrabales en los pueblos los cafetaleros arruinados. Los norteamericanos se adueñaron de las mejores tierras para el cultivo de la caña y controlaron por completo la industria del tabaco: así perdíamos nuestras tres fuentes principales de riqueza.

Empezó en seguida el malestar. Se trató en seguida de «americanizar» a toda velocidad el país. No se veía materializar las bienandanzas prometidas por los invasores. Facinerosos atacaron a peninsulares y nativos y quemaron sus propiedades.

En 1899, con la ayuda del abogado «americano» Keely, quedó fundado el Partido Republicano, que se declaró partidario *sin condiciones* de la más pronta y completa asimilación del país por los EE. UU.

De él vinieron a formar parte:

- 1) Los anexionistas de siempre.
- 2) Muchos de los separatistas, seguidores o no de Betances.
- 3) Muchos de los antiguos incondicionales por hostilidad (odio en muchos casos) al hombre que había sabido derrotarlos.
- 4) Muchos españoles porque creían así mejor defender vida y hacienda amenazadas por bandas de facinerosos.

LA POLÍTICA EXTERIOR DE PUERTO RICO

5) Muchos autonomistas, no por separatistas o anexionistas, sino por odio a Luis Muñoz Rivera, que los había vencido y a quien acusaban de traidor al autonomismo y al republicanismo.

6) Muchos que sólo deseaban estar con el régimen, esto es, con el más fuerte, con el que estaba en el poder.

El común denominador principal era, más aún que el anexionismo, el odio a Luis Muñoz Rivera.

No se crea por esto que constituían mayoría: entre todos resultaban una minoría que debía su fuerza al apoyo del régimen y no a su propio valer o al número de sus partidarios. Tenían, sí, mayoría, en la capital y en alguno que otro pueblo dominado desde antes por viejos líderes autonomistas y antimuñocistas.

Efectivamente, así se vio en las elecciones de 1900, las famosas elecciones del «dos por uno», llamadas así porque contra el Partido Federal se unían el Partido Republicano y el poder del Gobierno, los cuales tenían el monopolio electoral. No fueron los federales a las urnas y, aún así, el Partido Republicano, aunque, naturalmente, eligió todos sus candidatos, sólo obtuvo unos miles de votos. Con esta legislatura inauguró el [general] gobernador Allen el Gobierno Civil, decretado por el Congreso de los EE. UU. mediante la Ley Foraker, que nos constituía en verdadera colonia, pues no elegíamos ni gobernador, ni secretarios de despacho, ni auditor, ni Senado, y nos gobernaba un Consejo Ejecutivo, nombrado por el presidente y constituido por once personas, seis de ellas continentales, prácticamente todas escogidas de entre los más acendrados anexionistas. La Cámara de Delegados, supeditada al tal Consejo, sólo venía a tener una voz débil en el gobierno del país.

Se obligaba al Gobierno a guardar sus fondos en un Banco del continente. Y así por el estilo. Puerto Rico venía a ser, *por primera vez* en su historia, una verdadera colonia gobernada por una minoría sin poder, pero gozosa en su victoria y en su anexionismo.

Cuando dos años después decidió el Partido Federal ir a las urnas a pesar de todo, ya conquistó, a pesar del dos por uno, unos veinticinco de los setenta y pico de municipios, y en 1904, sólo dos años después, bajo el nombre ahora de Unión de Puerto Rico, ganó los siete distritos senatoriales, y la inmensa mayoría de los distritos representativos y de los municipios.

A pesar de tantos obstáculos, el país consignaba así su protesta contra los invasores que habían defraudado sus esperanzas y contra los anexionistas

que ponían su amor a los EE. UU. por encima de su propia patria y que habían abusado del poder, embriagados por su efímera victoria. Las «turbas» republicanas, allá por el año 1900, habían cometido toda clase de atropellos, asaltando personas y residencias, quemando, destruyendo, vilipendiando. En 1900, precisamente, habían asaltado y destruido la imprenta de *La Democracia*, en San Juan, mientras se veía arrestado y procesado su director, Luis Muñoz Rivera (el famoso «proceso del novecientos»).

Desde su fundación ha venido el Partido Republicano haciendo alarde de su anexionismo; su perpetua prédica ha sido la fusión con los EE. UU. y las glorias y excelencias de esa nación, ante la cual nada debe contar esta pobre isla. De ello han hecho un culto; una «mística» como dicen. Este ha sido, pues, el gran factor, después de la pequeñez y pobreza del territorio (empeorado por la gran densidad poblacional), que nos lleva a alguna clase de relación, y aun a la fusión, con la poderosa nación norteamericana. El Partido Republicano, continuador de la antigua disidencia autonomista, movido principalmente por su hostilidad al gran barranquiteño y por el deseo del poder, consagró la división de la familia puertorriqueña, que todavía existe hoy, al perpetuar una forma de derrotismo no sólo negativo, sino altamente perjudicial para el país. Con él se daba pábulo a malos sentimientos, que se vieron exteriorizados en la violencia que azotó el país a poco de entrar los invasores y en los desórdenes de las «turbas republicanas» y se restaba a la lucha por el país el esfuerzo de una importante minoría de los puertorriqueños. Donde ha debido haber un pueblo unido en cuanto a la demanda de mayor libertad y mejor trato, hubo un pueblo dividido, uno de los bandos lo fiaba todo al capricho de un pueblo extraño, negándose a toda actitud firme y positiva, contribuyendo con ello a debilitar el sentimiento de pueblo, que ya se había formado bajo el liderazgo de Luis Muñoz Rivera, a llevar a nuestras almas un sentimiento de frustración, a fomentar una actitud nihilista, tan negativa como aquella anterior de fiarlo todo al ensueño de una victoria republicana española. El Partido Republicano, al dedicarse exclusivamente a la alabanza del régimen y a cantar las glorias de los EE. UU., nos ponía en una situación anormal, absurda, falsa; contribuía a la confusión, y sentaba una pauta que se haría sentir en la actitud del resto del país.

Este partido se ha ido nutriendo con el tiempo con toda clase de opositores y derrotistas (como suele suceder en todo partido de oposición), pero ni ha ganado nunca una elección él solo ni ha cejado en su manía anexionista.

En los últimos años, por mitigar el mal sabor del vocablo «republicano»,

pero sin atreverse a perder lo que él sugiere de puro anexionismo, ha venido a llamarse «Estadista Republicano», tendente a hacer olvidar el segundo adjetivo, aunque hay aún miembros del Partido que se llaman a sí mismos «republicanos turbas».

Este Partido Republicano, que he llamado un absurdo y que está siempre ante los puertorriqueños en una situación falsa, como lo estuvieron antes los llamados autonomistas puros u ortodoxos, ha vivido siempre del derrotismo, de su condición de único partido de la oposición; nunca ha ganado unas elecciones él solo (con la excepción—dudosa—de las del año 1902, como ya se ha dicho, y sólo en dos ocasiones—1932 y 1938—en coalición, como ya se verá, coalición en que no tenía él en realidad la mayoría); sólo y por buenas mayorías ha ganado, sí, en una docena de los setenta y pico de los municipios de la isla.

El Partido, que bajo distintos nombres ha ganado siempre la mayoría de los votos, tenía todas las ventajas porque tenía todas las virtudes: militando un factor—pequeñez y pobreza—contra la independencia, y el otro—raza y cultura—contra el Estado federado que postulaba el Partido Republicano, el Partido del medio, el Partido que siempre favorecía la autonomía como meta inmediata, o que en realidad, mejor dicho, no insistió por ahora en ninguna solución política final, tenía forzosamente que ganar, por ser el único que proponía la única solución que por el momento correspondía a la situación especial de que he hablado, aparte de que militaban siempre en sus filas los mejores hombres, los hombres de cultura, los hombres de letras, y a parte de que, ante el anexionismo franco, el derrotismo negativo y la negación de los valores nacionales puertorriqueños de los republicanos, siempre apareció a los ojos de nativos y extraños como el defensor principal del país.

Al Partido Republicano, al conducirse como Partido casi exclusivamente constitucional y al defender la anexión con tal fatatismo, ha respondido el país organizando sus elementos más radicalmente separatistas, de los cuales han surgido dos Partidos—el Independentista y el Nacionalista—, los cuales, por ser también constitucionales y por estar al mismo tiempo en contra del régimen, era natural que nunca pudieran llevarse una mayoría de los electores, principalmente por causa del factor pequeñez-pobreza ya dicho, pero también por ser sus líderes y seguidores de un tipo lírico, romántico, poco práctico y dado a controversias (en cuanto a métodos) y escisiones, y por otras razones.

Así y todo, en las elecciones del año 1952 llegó a ser el segundo Partido, y el Republicano estuvo a punto de desaparecer, pues faltó poco para que no

sacase el 10 por 100 del total de votos necesarios por ley para poder continuar como Partido sin tener que volverse a inscribir.

Si se puede decir que el núcleo radicalmente independentista existe en función del grupo radicalmente anexionista o fusionista (Republicano), se puede también decir que este último existe en función del autonomista, ganando o perdiendo votos, según aumenten o disminuyan las fuerzas del Partido de la autonomía.

En 1914 llegó el número de sus votos a 90.000, contra 118.000 los unionistas, pero los 118.000 eran votos seguros, de electores de firmes convicciones, mientras que los 90.000 eran un «potpourri» de votos sueltos, añadiéndose al núcleo central de fanáticos estadistas (los republicanos de verdad). En 1916, con la Ley Jones, trajo Luis Muñoz Rivera una mayor dosis de libertad interna (elegíamos ya una Cámara y un Senado, y podíamos tener los fondos del Gobierno en Bancos insulares, entre otras cosas) y volvió a subir el número de los electores unionistas: quedaron fallidas, como siempre, las esperanzas de los republicanos.

El estar afiliado al Partido Republicano de los EE. UU. (Partido allí también en decadencia, pero allí también seguro en el segundo puesto) desde 1903 no le ha sido de la utilidad que esperaba. Como en tiempos de la disidencia autonomista anti-muñoz-riverista de que descende, trató de ganar con su adhesión a la metrópoli el apoyo que le faltaba en su propia tierra, pero con el mismo resultado. Y era natural, como lo advirtió en su oportunidad don Luis Muñoz Rivera: con la tal afiliación se veía obligado a correr la suerte de un partido casi siempre minoritario y a sobreponerlo a los intereses de Puerto Rico y de seguirlo en sus errores aún en las raras victorias electorales. El Partido de la mayoría, en cambio, se negó siempre a afiliarse a ningún partido metropolitano, para no verse atado a sus errores y para poder siempre demandar del que saliese victorioso en el Norte las libertades y las reformas necesarias para nosotros: el Partido de la mayoría ha puesto siempre a Puerto Rico por encima de todo.

Con los años el Partido Republicano no ha variado en nada, con la pequeña salvedad ya dicha, de ahora llamarse Estadista-Republicano, con el fin de recalcar su defensa de la idea del Estado federado y hacer olvidar lo más posible su pasado republicano (esto es, la mala fama de cuando se llamaba sólo Republicano). En realidad ser estadista es querer, por cálculo, el Estado federado (anexión definitiva) y ser «republicano» es ser estadista por sentirse antes que nada «americano», por ser ciego admirador de los EE. UU., por ser faná-

tico. El poeta Lloréns Torres llamó a este grupo «pitiyanqui». Porque en ese Partido militan:

1) Unos que de buena fe, por cálculo, consideran el Estado federado como la mejor solución para nuestro problema.

2) Los que son ciegos incondicionales, fanáticos, obsesos o maniáticos, podría decirse de lo «americano», equivalentes, en parte, a los inofensivos anglómanos españoles.

3) Los que, por algún motivo personal, están disgustados con el Partido de la mayoría u odian a su líder.

El Partido Republicano, repito, no ha variado nada: sus prédicas, su programa, sus métodos, sus ideas, son las mismas: no progresa, no aprende y no gana nunca.

Se encuentra ante el siguiente dilema: con la estadidad como único fin, como único programa, como única filosofía (?), como única razón de existir, no puede ir a ninguna parte, y sin la estadidad—única «mística», o ideal, como ellos dicen—se quedan sin alma y menos pueden pensar en ganar elecciones.

Para esto tendrían que eliminar la estadidad como único programa o eliminarla por completo aceptando la autonomía, ponerse al día, ampliar su programa, cambiar de métodos y entrar en la lid electoral con el fin de competir para la buena administración del país.

V. EL AUTONOMISMO.

Pero volviendo al hilo de nuestro tema, pasemos ahora a los factores secundarios (siendo el fundamental la raza y cultura españolas nuestras) que se oponen a la definitiva fusión con los EE. UU. Ya vimos que el país se ha expresado siempre por una gran mayoría de votos en favor de continuar la relación con los EE. UU. bajo la forma de la autonomía.

Digo siempre porque, con la excepción de las elecciones no libres de 1900 y 1902 y de las de 1932 y 1936, en que triunfó una también anormal coalición de republicanos y socialistas, el mismo Partido, aunque bajo distintos nombres, es el que, como ya dije, ha obtenido la gran mayoría de los sufragios, mayoría que con los años se ha hecho cada vez más abrumadora.

Debe recordarse, sin embargo, que hasta 1952, ese Partido, más que insistir en la autonomía, insistía en no mezclar lo exterior con lo interno, lo político con lo administrativo, de modo que dentro de sus filas se uniesen,

como se unían, elementos de las tres ideologías, empeñados en una buena administración, y dejando para mejor ocasión la decisión sobre el *status* político: de ahí el nombre adoptado en 1904 de Unión de Puerto Rico, unión con que se pretendía lograr la unidad que había roto el Partido Republicano al formar Partido aparte y anexionista en 1899, unidad que había rechazado al proponérsele el líder federal.

Y se debe recordar también que en sus principios, cuando así se llamaba, aunque había entre sus electores partidarios del Estado federado, era inmensamente mayor el número de los de la independencia: el Partido como grupo era eminentemente regionalista y aún quizá independentista. Hoy, cuando se llama Partido Popular Democrático, también tiene entre sus electores un gran número de independentistas y también aparece como grupo como eminentemente regionalista, y no sólo por contraste con el Estadista Republicano, puesto que ha traído la enseñanza en español, ha creado un Instituto de Cultura Puertorriqueña para conservarla, defenderla y fomentarla, ha hecho reconocer la bandera que antes llamaban los republicanos «la tuerta» (porque tiene una sola estrella), ha demandado cada día más libertades y se ha declarado en las últimas elecciones enemigo abierto del Estado federado.

Aquí es donde se expresa y manifiesta el factor lengua y cultura españolas, neutralizando el efecto poderoso del factor pequeñez y pobreza, ayudado por la propaganda anexionista, continuada durante sesenta y ocho años por el Partido [Estadista] Republicano.

Esa preferencia hasta ahora por la autonomía ha hecho decir por ahí que Puerto Rico es autonomista, queriendo con ello decir que el autonomismo es consustancial con nosotros, que somos autonomistas como quien es blanco, o inteligente, o grande, o pequeño; por ejemplo, que somos permanentemente autonomistas, que nacimos así. Es lo mismo que si dijéramos que uno nació para tener automóvil o para llevar sombrero.

Tal parece que el país, que luchó por la autonomía bajo la soberanía española, y que se está en este momento decidiendo por la autonomía bajo los Estados Unidos, buscándole la explicación al caso, llega a la conclusión, demasiado fácil, de que es que somos por naturaleza autonomistas, que no habríamos podido ser de otra manera. Examinemos un poco el problema.

En tiempos de España nuestro problema consistía en que, por causa de nuestra peculiar situación, las leyes nacionales no siempre podían aplicarse bien aquí, no podían producir aquí los buenos efectos que de ella se esperasen. Se necesitaban leyes especiales y, mejor todavía, puesto que esas leyes especia-

les podían hacerlas personas que no conocieran nuestra peculiar situación, que nosotros mismos las hiciéramos aquí. De ahí el credo autonomista que quería decir, fundamentalmente, descentralización administrativa. Nada más.

No era cuestión de separatismo—esto era cosa de poquísimos individuos—, que no tenía eco ninguno en nuestro pueblo. Nadie pensaba en aquella época en que pudiéramos vivir solos; nadie lo creía ni siquiera útil, y mucho menos necesario o indispensable. Había ya unos cuantos anexionistas: eran precisamente, en muchos casos, los que seguían a Betances. Pero «la anexión era un crimen», como decía Muñoz Rivera, y con él pensaba la inmensa mayoría del país.

Una dosis mayor de libertad local era necesaria y útil, no sólo para nosotros, sino hasta para la misma España. Con esa dosis quedaban estrechamente unidos ella y nosotros. Esa libertad la recababa y la aceptaba Muñoz Rivera de cualquier partido peninsular, aunque fuera monárquico. Sus adversarios del llamado autonomismo puro ortodoxo, sólo la aceptaban, decían, del Partido Republicano español, cuando éste llegara al poder, cosa que aparecía por entonces demasiado remota.

Eso era todo. No teníamos el problema de defender y conservar raza, idioma, costumbres, cultura, puesto que eso lo teníamos asegurado con aquella autonomía. Por eso éramos autonomistas. No había nada más que ser en nuestro caso. Nada más era necesario, ni siquiera útil. Y conseguimos la autonomía.

Antes de doce meses estaban aquí las tropas norteamericanas. Se cayó todo el edificio construido con tanto trabajo. Tuvimos que volver a empezar. Tuvo Luis Muñoz Rivera que volver a empezar. Y volvió a empezar. Pero ahora el problema era distinto; ahora se trataba de otra clase de autonomía.

Porque ahora, además de poder manejar nuestros fondos y de elegir nuestros gobernantes y nuestra administración, era necesario conservar nuestra personalidad, nuestro idioma, nuestras costumbres, que quedaban en grave e inminente peligro de sucumbir. Y ahora no era cuestión de cultivar sólo aquellas pocas cosas que nos hacían diferentes de la Madre Patria, como aquellas que hacían diferentes de ella a sus diferentes provincias; ahora era cuestión de mantener, defender y preservar, con respecto a los invasores, todas las cosas que hacían distinta la civilización española de la norteamericana. Ahora era el alma misma que había que defender. Tanto era ahora lo que podía perderse, lo que había que conservar, que ahora sí que la independencia política era no sólo útil, sino hasta necesaria y posiblemente indispensable. Tanto

es así que pasada la primera ofuscación, pasados los primeros infantiles entusiasmos, casi en seguida, antes de fundarse la Unión de Puerto Rico, ya se habló de independencia. Y esta vez no por un médico visionario sin contacto casi con Puerto Rico, ayudado de unos cuantos imitadores de Cuba, que se entretenían en fraguar conspiraciones minúsculas en Nueva York, sino por un gran número de nuestros mejores hombres, hombres de experiencia política, hombres de buen sentido, seguidos por mucho pueblo: Matienzo, De Diego, Zeno Gandía, Del Valle Rodríguez, Muñoz Rivera, entre otros.

Ahora era distinto. No se trataba ahora de diferencias entre liberales y conservadores, que sólo esperaban que les pusiéramos nosotros mismos remedio valiéndonos de los instrumentos que ponía a nuestra disposición la misma Madre Patria, cosa que se hizo en cuanto, bajo la dirección de Luis Muñoz Rivera, pudimos desembarazarnos de la influencia de Labra. Ahora las diferencias no eran de partido a partido, sino de civilización a civilización, de alma a alma, de idioma a idioma.

Pero nuestra pobreza y pequeñez frente a la potencia de unos conquistadores de quien nadie concebía que soltasen prenda, más la adhesión incondicional a los Estados Unidos de un grupo minoritario, pero influyente, obligaron al país a aceptar el hecho consumado, pero sin renunciar al ideal de conservar la personalidad a todo trance. El país se dispuso a sacar el mejor partido posible de la situación y a no ceder si no en lo que fuere inevitable.

Un grupo se alió en seguida con el régimen y se hizo ferviente defensor de la absorción rápida y completa del país por los Estados Unidos.

Pero ni aquí ni allí encontró eco la solución estadista, y no pudiendo ser la independencia, el país no tuvo otro camino que la autonomía, o «self-government», o «home-rule», que nos permitía al menos conservar algo del naufragio.

Y así ha sido el país autonomista, bajo la nueva soberanía, no porque le guste de por sí, no porque sea de por sí la fórmula predilecta, sino porque es la fórmula que permite limitar el mal, o sacar el mejor provecho de la situación. Y cuando se esperaba la completa norteamericanización del país en pocos años, cuando se pronosticaba la desaparición del español en el mismo tiempo, ha resultado que al cabo de sesenta y ocho años todavía lo tenemos y que aún no hemos perdido nuestra personalidad.

Y la situación sigue siendo hoy la misma, esto es, seguimos siendo pequeños y pobres, tenemos viviendo en los Estados Unidos uno de los tres millones de almas que componen nuestra población. Sigue inaccesible la estadidad fede-

rada, que ni siquiera tiene la mitad de los sufragios; por razones que no vienen al caso, el ideal independentista no ha sabido conseguirse una buena parte de los electores. La independencia sería posible hoy; los Estados Unidos no la negarían, como lo hubiesen hecho antes de 1940, pero el pueblo no entiende bien sus problemas, el pueblo no sabría hacer el sacrificio que la independencia exige, porque no se le ha sabido convencer del valor de ser libre. El pueblo actúa por instinto, y hoy también, en lo que se aclara la situación, sigue prefiriendo la autonomía.

El Partido Federal.

Poco después de quedar fundado el Partido Republicano en 1899, el Partido Liberal Puertorriqueño (afiliado antes de la invasión al homónimo de la metrópoli) cambió su nombre por el de Partido Federal, siempre bajo el liderato de Luis Muñoz Rivera, y se dispuso a defender al país en todos los campos, recabando la inmediata reforma del régimen, en ese momento militar, algo más tarde civil, y, en ambos casos, evidente colonia. Este partido seguía teniendo bajo la nueva soberanía no sólo la mayoría del electorado, sino todas las virtualidades del Partido Liberal de tiempos de la antigua colonia, como ya dije.

Se le ha criticado por tener en su programa («plataforma», como aquí se llama, siguiendo a los «americanos» que dicen «platform»), al principio, lo mismo que el republicano, el Estado federado como solución al problema político.

Era verdad que lo tenía, pero no era por los mismos motivos, ni eran la historia y los sentimientos de sus partidarios los mismos, ni los mismos sus procedimientos.

Veamos los hechos. Los invasores llegaron ofreciendo libertad y bienestar y asegurando que no venían en son de conquista. El país, una parte del cual que, como ya hemos visto, los miraba desde antes con simpatía, se inclinó a creerles y a pensar que después de todo no íbamos a salir perdiendo con el cambio, sino que se iba a acelerar el remedio a nuestros males. No sabemos—ni podrá determinarse nunca—qué parte de él los aceptaba completamente en ese momento, pero no hay duda que hubo, sobre todo en el Oeste y el Sur, manifestaciones—aunque mayormente de la plebe—de alegría. Pero aun éstas no pueden considerarse de otro modo—aparte del infantilismo que demost-

ban—que como expresión de la confusión que reinaba, del estado de «shock» en que nos sumía el hecho consumado.

El Partido Republicano, que se fundó al año siguiente, como ya vimos, se declaró incondicionalmente por el régimen, abogando por la condición de «Estado incorporado» que nos llevase lo más pronto posible al Estado federado, que consideraba, pintaba y defendía como una condición inefable, porque nos fundiría con una nación a la cual tenían por poseedora de todas las virtudes, como si estuviera hecha de ángeles. Esto fue y es como lo digo, y lo digo para que se vea que había en el grupo manía, obsesión, fanatismo.

El Partido Federal ni creía en tales espejismos ni de buena gana aceptaba la fusión con una nación extraña: aún los federales, que admiraban a los Estados Unidos y deseaban su amistad y hasta su protección, tenían el alma puesta en la conservación de nuestra lengua, costumbres y raza.

Aceptaban, sí, la estadidad; más aún, la pedían y hasta exigían, pero sólo como una solución *digna* de nuestro problema, como cálculo, ante el hecho consumado de la anexión, y así lo explicaban en su programa, y no como solución ideal que respondiese a nuestros sentimientos.

Porque en aquellos momentos nadie en Puerto Rico creía que los EE. UU. nos dieran la independencia ni pensaba que la pudiésemos ganar por la fuerza. No pudiéndose, pues, pensar en eso y deseando eliminar cuanto antes posible la odiosa condición de colonia, sólo quedaba como solución la estatalidad federada, la que, por otra parte, a base de las promesas de los invasores, todos pensaban que nos sería otorgada sin mayores dilaciones ni dificultades. Aparte de que el Partido Federal, por mera necesidad política, pero sin actitudes humillantes, debía escoger el nombre de Partido y la solución política que mejor sonara a los oídos de los electores.

Vemos, pues, que aunque hablaban ambos partidos de estadidad, no eran los mismos, ni los hombres, ni los sentimientos, ni las actitudes. La del Partido Federal era, sin duda, digna—la del que no puede contra fuerzas abrumadoras—, y a los federales—mayoría del país—, la de los republicanos aparecía abyecta, humillante, indigna de hombres bien nacidos y de pueblos de nuestra raza.

Era el factor raza, cultura española en acción eficaz.

Contra este factor se movió en seguida el Gobierno colonial a principios del siglo: con el decidido apoyo del Partido Republicano se hizo una campaña vigorosa para «americanizar» (asimilar) el país, principalmente por

medio de la enseñanza en inglés, que se hizo obligatoria en todas las escuelas y a todos los niveles.

El Partido Unión de Puerto Rico.

Después de las elecciones de 1902, en que, como ya se dijo, a pesar del «dos por uno», el Partido Federal ganó veinticinco de los setenta y pico de municipios (única victoria, aunque no honrada, del Partido Republicano en toda su historia), hubo gran agitación en el país, ya desengañado en cuanto a las intenciones de los invasores, no sólo al no prometer la estatalidad federada (ni siquiera la condición de «Estado incorporado» pedida por los republicanos y que a eso conduciría), sino por su mal gobierno en la isla y por la condición de colonia de baja especie a que nos sometía bajo la Ley Foraker. Como ya dijimos, grandes desprendimientos del Partido Republicano (incluyendo a muchas de las más eminentes figuras de nuestro pueblo) se unieron al Partido Federal para formar el de la Unión de Puerto Rico, bajo el liderato siempre de Luis Muñoz Rivera, Partido que ganó en seguida su primera elección en 1904, y bajo distintos nombres ha seguido representando a la mayoría de los puertorriqueños en su afán de conservar raza y cultura. Como ya se dijo, tuvo un eclipse entre 1932 y 1940, pero se debió a combinaciones políticas hechas a espaldas del electorado, a la falta de un líder civil del calibre de Luis Muñoz Rivera, esto es, que estuviese a la altura de nuestros problemas, y aún así, en minoría (aunque por poco) seguía siendo la voz de Puerto Rico, como Partido único y potente, en el cual militaban la mayor parte de la gente de cultura: literatos, oradores, artistas y profesionales.

Una cosa importante que debe notarse aquí, porque contribuyó a ese eclipse, fue que precisamente por falta de habilidad de su líder no le había dado cabida a las ideas socialistas. Bajo el nombre de Partido Popular Democrático se la dio en 1940, y desde entonces sus éxitos y el progreso correspondiente del país han sido aún más mayores que nunca. Otra cosa: durante ese eclipse, por primera vez en nuestra historia hubo serios conatos de revolución armada, los cuales cesaron con la aparición del nuevo líder civil, hijo, precisamente, de Luis Muñoz Rivera, y su victoria de 1940. El pequeño estallido revolucionario de 1950 sólo fue un incidente retrasado y ya fuera de sitio de aquel ambiente revolucionario de la década del treinta.

El ala independentista.

El factor raza y cultura tenía su mayor expresión hasta el año de 1924, y dentro del Partido unionista, en su liderato intelectual, del cual fue jefe hasta su muerte, en 1917, el gran poeta y orador don José de Diego. Empezaron ya por aquella época, antes de la muerte de Luis Muñoz Rivera, en 1916, las desavenencias dentro del Partido, pues mientras él, sin perder de vista la meta final, se consagraba por completo por ahora a descolonizarnos lo más pronto y lo más posible, sacándonos de una colonia de tipo inferior para traer la autonomía, permitiéndonos tener cada día mayor ingerencia en nuestros propios asuntos y mantener nuestros fondos en Bancos de la isla, preparando al pueblo para el gobierno propio; otros se desesperaban, y querían, como sucede hoy, una inmediata solución al problema político: éste era el «inmediatismo independentista», como le llamaría el líder unionista. Era cosa sentimental y los líderes mayormente poetas y oradores, y no entendía de esperas ni de transacciones y, por tanto, ni de política ni de políticos, que le parecían medios de engaño y de dilación. No podían esperar.

Eran sus armas principales el discurso, el verso, la velada—armas poderosas—si no para traer inmediatamente lo que se quería, al menos para mantener y conservar el ideal, y armas que no costaban nada y mucho menos vidas. Y bajo el liderato de aquellos hombres el movimiento se inspiraba—como debía ser—, y explícitamente, en raza, orígenes, sangre y cultura. Quedando dentro del Partido Unionista le daban—le imponían—una tónica patriótica. Por esa parte íbamos bien, pero se presentaban varios escollos.

Uno era el que ya se ha dicho: un romanticismo, un lirismo impaciente, que no sabía esperar y que, por su propia esencia, estaba reñido con la política calculadora, cauta, temporizadora. Por las razones, y del modo que ya veremos, nos llevaba a estorbar la labor fundamental de Luis Muñoz Rivera y a dividir un partido que era la defensa del país.

Por otra parte, cosa que venía siendo en parte lo mismo, no proponía soluciones inmediatas ni bien estudiadas a problemas tan importantes como el del progreso material—alimentación, comunicaciones, educación, salud, etcétera—. Bajo el liderato de don Santiago Iglesias, español («el gallego», como le llamaban despectivamente), se había ido levantando un fuerte clamor socialista. Este grupo tendía a luchar primero que nada por el bien del trabajador, y dejaba para luego, si acaso le importaba, el problema político, al par que

relegaba a segundo plano, si no ignoraba por completo, cuestiones de raza y cultura.

El Partido Unionista, en cuyas filas militaban muchos ricos, no había sabido incorporar esas fuerzas socialistas, sino que las había combatido, lo mismo que había hecho el Partido Republicano. Esto lo debilitaba, y el «inmediatismo independentista» contribuía doblemente a ello, pues al mismo tiempo que creaba dos corrientes dentro de él, lo alejaba también del socialismo.

Y aquí vemos ya—y es mejor dejarlo estudiado desde ahora—una complicación de nuestra política, quizá aún más aparente hoy que en aquella época: no era posible, dentro de nuestra especial situación, aunar en un solo partido la lucha por el bien material (política interna) y la lucha por la soberanía (política exterior). En cuanto a la segunda (la independencia), como después se ha visto y se ha dicho, era hasta dudoso si convenía y aún si era posible gestionarla mediante una agrupación o colectividad política.

El constitucionalismo de los partidos.

Como el país no estaba—como no está todavía—definitivamente organizado políticamente, los partidos tendieron desde el principio a proponer soluciones al problema del *status*, y con la lucha por cualquier solución no se avenía la lucha por la buena administración interna. En un país no hecho todavía, nuestros partidos eran—y siguen siendo—partidos *constitucionales*, partidos que se preocupan principalmente por constituir políticamente al país, error que ya se había cometido en parte en el siglo pasado, cuando los autonomistas—hasta que surgió Luis Muñoz Rivera—no supieron resolver los problemas internos por esperar la solución de una victoria republicana en España: la supeditaban a una definida forma política en la metrópoli.

El primer paso—y tan funesto en esto como en lo de dividir al país, de que ya se ha hablado—lo dio el Partido Republicano al constituirse casi exclusivamente en organización para defender la «americanización» a ultranza de la isla conducente lo más pronto posible al Estado federado, actitud que obligó a la larga al otro Partido a hacer cosa parecida, o que, dicho de otro modo, obligó al país a organizar un Partido contrario, pero con el mismo defecto.

Como siempre, no se le escapó nada de esto a Luis Muñoz Rivera: propuso en seguida la unión de todos los partidos para la defensa del país. En carta llena de razones especiosas rechazó el Partido Republicano la proposición. Tuvo

entonces el Partido Federal (a pesar de que por el momento proponía también la estadidad) que dedicarse a ello, a defender al país, sin preocuparse tanto por el momento por llegar a una definitiva solución política y sin preocuparse tanto por el momento de cuál fuera.

La propuesta unión vino más tarde, como ya vimos, pero no pudo ser completa, y quedó frente a ella el Partido Republicano, dedicado exclusivamente a fomentar la anexión, o sea siguió para siempre la división y quedó perpetuado *el error de ser los partidos constitucionales*, error en el cual incurrió también—y en su caso era contradicción—el Partido Socialista, que adoptó en su programa la solución del estadismo, a pesar de que pretendía que sólo buscaba el bienestar del pueblo, independientemente de otros ideales.

Una vez que no pudo lograrse la unanimidad en lo exterior, por haberla roto desde el principio con su fundación el Partido Republicano, tenían por fuerza que aparecer:

1) Una corriente «inmediatista independentista» (por temor a la fusión o estadidad) compuesta de los elementos más líricos, románticos e impetuosos.

2) Otra corriente autonomista hecha de gente más serena, prudente, cautelosa, que sin perder de vista la independencia como meta final y como medio tanto de progresar en lo interior como de detener la propaganda anexionista. pedía por ahora la autonomía, considerando que era mejor pedir algo que se iba a conseguir que no algo que era cosa, si acaso, del lejano futuro.

Entonces cualquier partido que tuviese una de estas tres soluciones políticas en su programa (y habían de tenerlas) perdía, para la obra de su política interna, el concurso de una parte de la población. El único remedio, la única manera de recuperar lo más posible, la mayor unión posible en lo interno, era (no pudiendo ya dejarlas fuera) tener dentro todas las soluciones políticas—tres—posibles. Y eso fue lo que hizo el Partido Unionista; es decir, lo mejor posible.

Pero eso mismo trae cierta confusión, la cual, a su vez, trae la crítica. pues lo hace aparecer como Partido interesado sólo en el poder, o como instrumento pasivo de los EE. UU.

Por otra parte, el tener este partido prácticamente todas las virtudes (al no tener ninguna el Estadista) se presenta la anómala situación de que no tiene en realidad oposición (apareciendo entonces como Partido «monolítico», demasiado identificado con un solo hombre) y de que la oposición que hay lo es

on realidad a un hombre, a un nombre: ya hablaremos más adelante de este *antimuñocismo*.

El Partido Unionista cometió el error de no darle paso a las aspiraciones socialistas; el Partido Socialista cometía el error de comprometerse en una gestión anexionista (su gente venía mayormente del Partido Unionista, que ya sabemos era eminentemente regionalista). Todos estos fueron errores políticos del país: el más grave fue la formación del Partido Republicano, descendiente de aquella disidencia autonomista, también equivocada. Y por efecto de todas estas causas, íbamos a cometer otro error: el de separar las fuerzas separatistas de las fuerzas autonomistas.

No llegó esto a suceder completamente por entonces, como ya veremos, pero fue el primer paso, y grave, máxime cuando venían a complicar la situación la guerra del 14 y la cuestión de la ciudadanía.

La ciudadanía.

Los republicanos, naturalmente, pedían la ciudadanía, que consideraban como una condición inflexible, como un título, no sólo que hacía de fácil solución todos los problemas, sino que era una situación ideal en sí, de tal superioridad, que era como para recabarla, aunque a ninguna otra cosa contribuyese. Allá en los EE. UU. los pocos que se manifestaban (el pueblo «americano» no conocía bien entonces y no conoce bien aún a Puerto Rico), que eran los que contaban, también favorecían que se nos diese la ciudadanía, y se hubiesen sentido gravemente ofendidos de no aceptarla nosotros, pues, como los anexionistas de aquí, la consideraban una condición inflexible reservada en el orden universal a su pueblo y a los que con él estuviesen.

Acá, el Partido de la mayoría, buscaba conservar la ciudadanía puertorriqueña, que se nos había reconocido con la Ley Foraker (dándonos el gobierno civil en 1900), pues tras ella recibíamos de los EE. UU. la misma protección consular—única real utilidad—y no nos obligaba a mayores deberes. La ciudadanía «americana» nos obligaba al tributo de sangre y nos arriesgaba al delito de traición. El Gobierno «americano», tras largas y penosas gestiones de Luis Muñoz Rivera en Washington, para concedernos la autonomía (o parte de ella) mediante la Ley Jones, nos obligaba a aceptar la ciudadanía. So pena de perder la autonomía o gobierno propio, de quedar por tiempo indefinido en el estado humillante de colonia de la peor clase, hubimos de someternos a la imposición,

y el año de 1917, muerto meses antes Luis Muñoz Rivera, nos encontramos con la Ley Jones—elegíamos Senado y Cámara, quedaba eliminado el Concejo Ejecutivo, de triste recordación, etc.—y con la ciudadanía, a tiempo de pelear en la guerra del 14. Luego se ha dicho por los republicanos (y aún por otros) que el líder puertorriqueño había traído la ciudadanía y que ésa era su gloria).

Y por ese tiempo, cuando la industria de la caña se convertía en nuestra primera y única fuente de riqueza y empezaban los cañaverales a cubrir hasta nuestras montañas despojadas de sus bosques, con el inconveniente de que en la metrópoli le ponían precio al producto y fijaban la cantidad que se nos compraba, para no perjudicar a los cosecheros nacionales ni a la cuota que le concedían a Cuba, entonces, precisamente, se agudizaban las desavenencias en el Partido Unionista, muerto ya el hombre-patria, y quedábamos nosotros, ciudadanos «americanos», obligados a derramar nuestra sangre por la metrópoli, so pena de ir a la cárcel por traidores.

Todo se aunaba para que la situación fuera sumamente difícil. La situación económica no mejoraba. El inmediatismo independentista, al estorbar la gestión autonomista y al antagonizar al Gobierno metropolitano, le sacaba las castañas del fuego al Partido Republicano, que bien se aprovechaba de la situación.

Como ya vimos, por la misma época no daban oídos, ni unos ni otros, al clamor socialista que se iba levantando a expensas, precisamente, del mismo Partido Unionista. Iban siendo ya tres los partidos—el Unionista, el Republicano y el Socialista—y quería formarse un cuarto, el de la Independencia. El movimiento vino a organizarse en 1922, bajo el nombre de Partido Nacionalista, con el apoyo de distinguidos hombres de letras procedentes del Partido de la mayoría, y, como única arma, la fuerza de la palabra escrita o hablada, en forma de artículos, discursos, versos, y a través de mítines, veladas, reuniones, como ya se dijo, muy bien inspirado en raza, idioma y cultura. Obtuvo 400 votos en 1924 y 319 en 1928.

El nacionalismo.

Poco después tomaba nuevos rumbos el movimiento. Por iniciativa del licenciado Pedro Albizu Campos se decidía por la acción directa, esto es, por la revolución, el terrorismo, alegando que nada se podía conseguir con meras palabras. Ante esto, volvieron a sus antiguas tiendas los líderes del nacionalismo, hombres de letras, amantes de la paz y el orden. Esto sucedía

en 1930. Don Pedro Albizu Campos se hacía dueño del movimiento, organizando la juventud en milicias de «camisas negras» (como las de los fascistas de Mussolini, desde 1922), arrebatando a muchos con sus vibrantes discursos patrióticos, pero con él perdíamos el arma poderosa, fácil y económica de la palabra, como instrumento de lucha, en favor del de la violencia, arma costosa, difícil y poco agradable a los puertorriqueños. Añadiase a ello el error de la violencia verbal, dirigida no ya contra los invasores, sino contra los nativos, que no creían en tales métodos, llamándoles «cipayos», «traidores», etc. Se complicaba nuestro problema. El hambre, la miseria, la frustración, el despecho nos llevaban a la violencia, pues también los socialistas venían clamando cada día con más fuerza por mejores condiciones de vida para los trabajadores y, para hacerse mejor oír, quemando cañaverales.

La Alianza Puertorriqueña.

Ante estas dos nuevas fuerzas—la nacionalista y la socialista—iban perdiendo votos los dos partidos principales y, naturalmente, más el que que más tenía que perder, que era el Unionista. Ambos miraban con temor el crecimiento de los socialistas. Por esta y por otras razones se hizo la famosa Alianza Puertorriqueña entre republicanos y unionistas: error grave del líder unionista, que le costaría mucho a su Partido y a todo Puerto Rico.

Esta Alianza, cuya principalísima fuerza la constituían los electores unionistas, no obtuvo muchos más votos que el Partido Unionista solo, pero tuvo que dividir los cargos públicos por mitad hasta en aquellos pueblos—muchísimos—donde las fuerzas republicanas eran mínimas y no tenían peso ninguno. La mayor parte de los republicanos no entraron en la Alianza y formaron el Partido Republicano Puro. Muchos unionistas perdieron la fe en su Partido y se retiraron a sus casas o se unieron a los puros. Muchos se quedaron con éstos cuando se rompió la Alianza.

Después de 1928, y en el seno mismo de las Cámaras legislativas, se coaligaron las fuerzas republicanas (con los unionistas que siguieron con ellas, la llamada Unión Republicana) y las socialistas. Sucedió, pues, lo que se había querido evitar, al tratar de unir a elementos tan irreconciliables. Sucedió peor, pues la coalición dejó al Partido Unionista sin nombre y sin insignias, en un país de electores analfabetos que votaban por insignias, y sin una parte de sus

seguidores. Tuvo que inscribirse con el nuevo nombre de Partido Liberal y con nuevas insignias.

En las elecciones siguientes, años de 1932 y 1936, triunfó la coalición de republicanos y socialistas, aunque por pocos votos, al par que la miseria era cada día mayor, y la represión cada día peor bajo un gobernador «americano» despótico. El Gobierno no podía ser bueno cuando gobernaba un Partido bicéfalo, una combinación de elementos desavenidos, hostiles. Los dos partidos que la formaban tenían en su programa el Estado federado, pero no osaban someterlo a la prueba de una votación, como lo proponía el Partido Liberal, el cual, aún en minoría, era la verdadera voz del país, aunque le faltase un líder que estuviese a la altura de las circunstancias.

El resultado no se hizo esperar; el país se lanzó a la violencia. Bajo la dirección de don Pedro Albizu Campos hubo desórdenes y muertes. Tuvo lugar la famosa masacre de Ponce, en que perecieron acribillados a balazos por la policía, bajo las órdenes del general (y gobernador) Winship, un gran número de jovencitos nacionalistas armados con fusiles de madera. Había inquietud, agitación, desasosiego.

El Partido Liberal, única esperanza del país, no sabía cómo hacer frente a la situación. No se atrevía a dar oídos al clamor socialista ni a comprometerse en una franca gestión independentista; en sus propias filas cundía la división; su jefe no sabía inglés y no conocía los resortes de la política norteamericana. Los partidos coaligados de la mayoría no sólo no gozaban de apoyo suficiente en el país, sino que estaban reñidos entre sí y cada uno estaba corroído por la división interna. Era ya casi el caos; era la descomposición; era ya casi un barco sin timón ni capitán. Antes que nada se requería esto: liderato, timón, capitán, dirección, con una filosofía apropiada a las nuevas circunstancias y mejores métodos basados en mejores conocimientos de la situación y de la mecánica de la política norteamericana.

VI. EL PARTIDO POPULAR DEMOCRÁTICO.

Surgieron ese líder y esa dirección en la persona de Luis Muñoz Marín, hijo de Luis Muñoz Rivera, hombre de nuevas ideas y buen conocedor de los resortes de la política «americana», socialista y regionalista. Fundó precisamente una agrupación que se llamó Acción Social Independentista (A. S. I.), que luego pasaría a llamarse Partido Popular Democrático. Supo llegar a las

mismas masas y particularmente a las campesinas, y ganarse las «élites» intelectuales y la gente nueva, mientras los demás partidos se iban desintegrando y se iban muriendo sus viejos líderes. Ganó sus primeras elecciones (1940) por escasa mayoría; en las siguientes, la mayoría fue abrumadora, no quedando en poder de los otros partidos ni siquiera un municipio y, cosa extraordinaria, aumentando cada vez más sus votos.

Con este hombre y esta victoria tuvimos dos cosas:

1) El pueblo sintió confianza en sí mismo y sintió por primera vez esperanza, una esperanza razonada.

2) El liderato sostenido por ese pueblo, por primera vez se encaró con nuestros problemas de una manera razonada, objetiva, inteligente (y no sólo con el corazón, sino con el sentimiento) y con nuevos métodos.

Más que de un Partido se trataba de un movimiento consciente. Se acabó prácticamente el fraude electoral, se acabó la compra de votos: el pueblo se ha acostumbrado a emitir su voto con toda libertad. Ha mejorado la calidad del proceso político y, sobre todo, del diálogo político. Ha quedado consagrada por fin en la práctica la libertad de palabra, la libertad de opinión. Se respetan ahora todas las opiniones, todos los sentimientos.

El Partido Independentista (P. I. P.).

En 1946 repetimos los puertorriqueños el error de 1920, o, mejor dicho, lo cometimos de verdad: una importante disidencia independentista se separó del Partido Popular y fue a las elecciones en 1948, obteniendo unos 66.000 votos, fuerza considerable cuando viejos partidos, como el socialista y el liberal, desaparecían por no poder obtener el número de votos requeridos por la ley para poder continuar como tales sin tener que volver a inscribirse y cuando el número de votos del Partido Republicano seguía descendiendo. Cuatro años más tarde, el Partido Independentista duplicaba sus votos y el Republicano quedaba al borde de la desaparición y, por añadidura, dividido.

Nada de esto disminuía en modo alguno el progreso del Partido mayoritario, el cual obtenía cada vez más y más votos. En 1946 trajo el primer gobernador puertorriqueño, aunque nombrado por el presidente de los EE. UU.; en 1948 trajo el gobernador electivo. En 1952 trajo una forma de autonomía mucho más amplia, el Estado Libre Asociado (E. L. A.), con la cual por primera vez nos gobernábamos casi completamente en lo interno, y elegíamos

nuestro gobernador y todos los secretarios de despacho, nos gobernábamos por nuestra propia constitución y poníamos nuestro himno y bandera al lado de los EE. UU. El día 26 de julio, «Día de la entrada de los americanos», se convertía en «Día de [nuestra] la Constitución». Con todo esto ya quedábamos en una situación de mucha mayor dignidad. Tal el progreso en lo político, en lo exterior; tal la ganancia, por ese lado, para el factor raza y cultura españolas. Con tal progreso se pacificó el país, se apaciguó la agitación revolucionaria.

Aunque no son comparables (por su naturaleza) se puede decir que el progreso en la parte material o económica (política interna) ha sido aún más grande (por lo menos es más visible, se siente más). Con la guerra (1939-45) se vendieron más nuestros roncs y, tras de muchos tanteos, se ha podido desarrollar un programa de industrialización a base de exenciones tributarias, y de que aquí, en territorio «americano», pero sólo asociado y no fundido (como Estado federado), pagan las industrias americanas salarios más bajos que en el continente. Con esta industrialización ha cambiado por completo la economía del país, el cual tiene hoy un presupuesto de cientos de millones de dólares donde era antes de dieciocho, donde el presupuesto de San Juan es hoy mayor que el anterior de todo el país, donde se han levantado miles de edificios (desapareciendo por completo el antiguo bohío de paja o yagua), donde se han construido más y más y mejores carreteras y puentes, donde hay millones de pesos en becas (donde antes no había una sola), donde la salud ha mejorado a tal extremo que goza Puerto Rico de uno de los índices de longevidad más altos del mundo, donde sólo el turismo produce una cantidad varias veces mayor que los antiguos presupuestos, donde el número de automóviles ha subido de 75.000 a 300.000, donde ha llegado la electricidad a todos los hogares de la isla por remotos y aislados que estén, y así sucesivamente: una verdadera transformación. Tal auge en esta parte de nuestra vida ha contribuido tanto o más que el progreso en lo exterior a pacificar el país.

Es de notar aquí que tales cambios en lo económico han podido tener lugar sin el establecimiento del E. L. A., o sea sin el cambio favorable en nuestras relaciones políticas con los EE. UU. La única influencia que ha tenido la mayor amplitud de gobierno propio en el desarrollo económico es que ha puesto más poder de iniciativa en manos de puertorriqueños interesados en el bien de su país y que al mismo tiempo conocen mejor sus problemas.

Pero mientras que todo esto sucedía y se llegaba al apogeo de hoy, a partir de 1956 el Partido Independentista volvía a perder votos, mientras los iba

volviendo a ganar el Partido Republicano, hasta tal punto que mientras aquél se dividía en varias fracciones irreconciliables y sólo llevaba a las urnas un 2 ó 3 por 100 de los votos, éste aumentaba los suyos a un 35 por 100 (los populares obtenían un 60 por 100).

Mientras estas cosas sucedían, también eran admitidos a la Federación norteamericana los nuevos Estados de Hawaii y Alaska.

Pero a lo que vamos es que, con los años, el Partido Popular Democrático, continuador de los anteriores partidos Liberal, Unionista, Federal, Partido Regionalista, pero que favorece alguna forma de relación con los EE. UU. (alguna forma de autonomía), partido liberal y socialista, ha ido aumentando el número de sus votos, esto es, neutralizando con ellos la influencia política y la influencia económica del factor pequeñez-pobreza-sobrepoblación. Cosa aún más clara: la última victoria la obtuvo en abierta campaña (por primera vez en su historia) contra la estadidad federada. Y cosa aún más interesante: el Partido de la mayoría sigue teniendo entre sus seguidores muchos independentistas y estadistas.

Confusión y agitación actuales.

Y así llegamos al cuadro presente, las complicaciones del cual, la interpretación del cual es la parte más interesante del problema de Puerto Rico y, por tanto, la más importante del presente trabajo. Porque no está todo dicho con repetir que los votos se dividen ahora como sigue: 60 por 100 de autonomistas, 35 por 100 de estadistas y 3 por 100 de separatistas, ni con recordar que los autonomistas, que siempre han ganado en las urnas, han traído un gran progreso en lo económico y en lo político, han hecho respetar (y hasta admirar) a Puerto Rico y conseguido relaciones de amistad (aparentemente verdadera) entre nuestro país y los EE. UU.

Que no está todo dicho lo prueba el hecho de la continua agitación política, del aparente incremento del anexionismo, del seguir los actos de violencia, aunque ya no organizados, de los nacionalistas, de la proximidad de un «plebiscito», que es causa de interminables discusiones. Que no está todo dicho—que la cosa no es tan simple ni tan clara—puede ya colegirse del hecho siguiente: entre los seguidores del Partido de la mayoría, además de los autonomistas,

ARANA-SOTO

hay muchos estadistas y muchos separatistas; entre los seguidores del Partido Estadista hay muchos votos dispersos, de distintas ideologías políticas, incluyendo muchos «independentistas», y de esos últimos, un gran número no va a las urnas o vota con otros partidos. Por tanto, o no hay una condición o situación estable, o hay confusión y, en todo caso, hay varias posibilidades.

(Continuará.)

DR. S. ARANA-SOTO,

De la Academia Puertorriqueña de la Historia,
De la Academia de Artes y Ciencias,
Del Instituto Puertorriqueño de Cultura Hispánica.

NOTAS

